

## Consumir la *obra de terra*. Los orígenes de la cerámica valenciana por el lado de la demanda (1283-1349)\*

---

**Luis Almenar Fernández**<sup>1</sup>

Universitat de València

luisal5@uv.es

**RESUMEN:** *Los orígenes de las vajillas cerámicas valencianas, uno de los productos más codiciados de la Baja Edad Media, se han explicado tradicionalmente desde el punto de vista de la oferta. El interés por los aspectos tecnológicos y estilísticos —productivos— ha tendido a eclipsar las cuestiones que van más allá de los objetos, que afectan al punto de vista del consumidor: ¿hasta qué punto fue clave la demanda de obra de terra de la propia sociedad valenciana en el inicio de su producción? Este artículo valora esta cuestión a través de una muestra de 232 inventarios de bienes de entre 1283 y 1349, sobre los que se aplican los análisis cuantitativos propios de la historiografía del consumo. Se argumentará que, antes de la Peste Negra, el consumo de vajillas cerámicas presentaba enormes desigualdades en el seno de la sociedad medieval, y que el peso de su demanda recaía sobre un sector social particular de la ciudad de Valencia. Se propondrá además que era el factor de la moda, y no el del coste, el que no sólo explique este consumo restringido, sino la posterior popularización de estos productos.*

**PALABRAS CLAVE:** consumo; vajilla de mesa; cerámica; inventarios *post mortem*; moda.

---

\* Esta investigación es parte del proyecto «Crecimiento económico y desigualdad social en la Europa mediterránea (siglos XIII-XV)», HAR2014-58730-P, financiado por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de España. El autor es beneficiario de una ayuda de Formación del Profesorado Universitario (FPU) del mismo ministerio. El autor agradece a Antoni Furió, Juan Vicente García Marsilla y Jaume Coll la lectura y comentarios de las primeras versiones del texto.

Abreviaturas de archivos: Arxiu del Regne de València (ARV), Arxiu de Protocols del Patriarca de València (APPV), Arxiu Municipal de València (AMV).

<sup>1</sup> ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-1417-8523>.

## Consuming *obra de terra*. The origins of Valencian ceramics from the demand size (1283-1349)

**ABSTRACT:** *The origins of Valencian ceramic tableware, one of the most coveted products of the Late Middle Ages, have traditionally been explained from the supply perspective. The attention given to technological and stylistic—i.e. productive—aspects has tended to eclipse the issues that go beyond the objects themselves and affect the viewpoint of the consumer: to what extent was the demand for obra de terra by Valencian society key to the start of its production? This essay considers this matter using a sample of 232 probate inventories from between 1283 and 1349, to which will be applied quantitative analysis based on the historiography of consumption. It will be argued that, before the Black Death, the consumption of ceramic tableware illustrated huge inequalities within medieval society, and that the weight of its demand corresponded to a particular social group in the city of Valencia. It will be also advocated that it was fashion rather than cost which explains not only this limited consumption, but also the subsequent popularization of these products.*

**KEY WORDS:** **consumption; tableware; ceramics; probate inventories; fashion.**

**CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO/CITATION:** Almenar Fernández, Luis, «Consumir la *obra de terra*. Los orígenes de la cerámica valenciana por el lado de la demanda (1283-1349)», *Hispania*, 78/258 (Madrid, 2018): 69-101. <https://doi.org/103989/hispania.2018.003>.

## INTRODUCCIÓN

La cerámica valenciana constituía uno de los productos más codiciados de la Europa bajomedieval. A lo largo de los siglos XIV y XV las sociedades medievales sintieron verdadera admiración por ella, como muestra el hecho de que ejemplares valencianos hayan aparecido en lugares tan dispares como Italia, Holanda, Inglaterra, Alemania o incluso Rusia. Sus versiones de lujo, las más conocidas, fascinaban a los coetáneos hasta tal punto que el escritor Francesc Eiximenis llegó a incluirlas entre las más bellas maravillas del reino de Valencia<sup>2</sup>. No es de extrañar que el tema de los orígenes haya sido una de las preocupaciones que ha levitado sobre los trabajos de multitud de ceramistas, historiadores del arte y arqueólogos desde hace más de cien años. Averi-

---

<sup>2</sup> La frase, que ha sido repetida hasta la saciedad por los historiadores, aparece en la introducción del *Regiment de la Cosa Pública*, publicado en 1383: «Més sobretot és la bellesa de la obra de Manizes, daurada e maestrívolment pintada, que ja tot lo mon ha enamorad, en tant que lo papa e los cardenals, e los prínceps del món per special gràcia la requerent, e stant maravellats que de terra se puixa fer obra axí excel·lent e noble». EXIMENIS, 1927: 32-33.

guar cuándo y cómo se configuraron los estilos propios de estas exitosas piezas estaba presente ya en los trabajos de Joaquín de Osmá, Lluís Llubià, Marçal Olivar y, ya en época reciente, lo ha vuelto a estar en los estudios de Pedro López Elum, Jaume Coll, Josep Vicent Lerma, François Amigues o Mercedes Mesquida<sup>3</sup>. En la búsqueda de influencias técnicas y estilísticas, los estudiosos de la cerámica valenciana han dedicado una labor fundamental a clasificar los estilos, colores, decoraciones y cronologías de estas piezas, pasando por el eterno hándicap de conciliar fuentes materiales y escritas. Sin embargo, el interés por los ítems que componían la vajilla de mesa —por los objetos— no ha venido correspondido por un interés equitativo por las personas que los adquirían —por sus consumidores—. Y así, los orígenes de la vajilla cerámica valenciana se han explicado desde el lado de la producción y de la oferta, por la transferencia del conocimiento técnico de los alfareros musulmanes a toda una red estable de talleres creados después de la conquista cristiana del siglo XIII<sup>4</sup>.

Conocer los inicios y el desarrollo de la técnica que hizo posible esta cerámica es esencial, pero por el lado de la demanda y del consumo, definir quién compraba la primera *obra de terra* valenciana tiene implicaciones históricas que sobrepasan a la propia cerámica. Desde hace casi tres décadas los historiadores económicos han puesto en valor el papel del consumo en las economías preindustriales. De ahí el interés por las llamadas «revoluciones de consumo», verdaderos prerrequisitos para el surgimiento de la revolución industrial, en las que las alteraciones demográficas provocadas por las crisis económicas daban lugar a cambios positivos en el poder adquisitivo de la sociedad<sup>5</sup>. Todo ello se traducía en la emergencia de todo un repertorio de objetos cotidianos en las casas de estas sociedades, y entre ellos, las vajillas cerámicas. Porque como ya apuntó hace años Hugo Blake, la vajilla cerámica es un producto que está sometido a un consumo muy elástico, irregular, pues el papel que cumple es fácilmente reemplazable por otros materiales como la madera o los metales<sup>6</sup>. Para que se convierta en un producto de alto alcance social necesitaba de una estructura productiva desarrollada, pero también de una demanda estable. Y parece que precisamente durante la Baja Edad Media se desarrolló un gusto especial por las vajillas cerámicas. Así lo sugieren los trabajos de Marta Ajmar, Evelyn Welch y Richard Goldthwaite para el caso

<sup>3</sup> OSMA, 1923. LLUBIÀ, 1967. OLIVAR DAYDÍ, 1950. LOPEZ ELUM, 1985: 51-52 (Valencia, 2001-2002): 105-112; 2006. COLL CONESA, 4/7 (Valencia, 1988-1989): 125-167. LERMA ALEGRÍA, 19 (Valencia, 1989): 411-427. AMIGUES y MESQUIDA, 1987.

<sup>4</sup> COLL CONESA, 2009: 55.

<sup>5</sup> Para la «revolución de consumo» medieval véanse KOWALESKI, 2006: 238-259. DYER, 2005: 126-172. Estas ideas, no obstante, se hallan en un profundo proceso de redefinición. Véanse DYER, 2015: 180-195. HATCHER, 2011: 1-24. DE VRIES, 2008: 1-39.

<sup>6</sup> BLAKE, 4 (Sheffield, 1980): 6.

italiano, los de Danièle Alexandre-Bidon para Francia, o los de David Gaimster para Inglaterra. También hay evidencias de ello en los diferentes reinos de la Corona de Aragón, como han mostrado María Barceló para Mallorca, Manuel Riu y el equipo Broida para el caso catalán o, para el propio reino de Aragón, Carlos Laliena, Concepción Villanueva, Julián Ortega y Francisco Javier Gutiérrez<sup>7</sup>.

Con diferentes ritmos y cronologías, en todos los casos las vajillas cerámicas se expandían por los hogares de las sociedades medievales, mientras que la producción cerámica se diversificaba, aumentando los tipos, estilos y decoraciones. Éste era el poder transformador de los cambios en el gusto y la demanda. ¿No podría ser precisamente esta la razón del surgimiento de las famosas vajillas valencianas? ¿Hasta qué punto fue decisiva la demanda de la propia sociedad valenciana en el despegue de la industria cerámica local? En las siguientes páginas se explorará la primera *obra de terra* valenciana, aquella anterior a la Peste Negra, por el lado de la demanda y del consumo doméstico. No se trata de poner el acento en el objeto, sino en el comprador, mostrando cómo de extendida estaban las primeras vajillas cerámicas en la sociedad valenciana, quiénes fueron sus primeros compradores y cómo las utilizaban. Y si hay unos documentos que nos llevan directamente al punto de vista del consumidor, éstos son los inventarios *post mortem*.

Estos listados, relaciones de las posesiones de los difuntos, son frecuentes entre los protocolos notariales valencianos ya desde el siglo XIII. Encargar inventarios era un derecho de los herederos, quienes iban a acceder a un conjunto de bienes debido a la muerte de su antiguo propietario. La voluntad de evitar posibles disputas por los enseres, o de identificar las deudas que formaban parte de la herencia, eran motivos frecuentes para recurrir a esta figura legal. Los fueros de Valencia, además, contemplaban los inventarios como una obligación en el caso de los tutores que pasaban a administrar las propiedades de los menores de edad. Estas circunstancias, que son comunes para otras regiones europeas, en ocasiones han llevado a argumentar que los notarios se centraban en anotar los bienes más valiosos y, por tanto, que tendían a omitir utensilios corrientes y de valor más bajo, como la propia cerámica. Podría pensarse que ésta es una limitación a la hora de aproximar estos bienes con estos documentos. Ahora bien, nada hace pensar que los inventarios valencianos omitan los objetos de cerámica, ni siquiera en el caso de los más

---

<sup>7</sup> AJMAR, 2003: 55-64. WELCH, 2005. GOLDTHWAITE, 1987: 153-175; 42 (Nueva York, 1989): 1-32. ALEXANDRE-BIDON, 2005. GAIMSTER y NENK, 1997: 173-179. GAIMSTER, 2010: 134-143. BARCELÓ CRESPI y ROSSELLÓ BORDOY, 1996. RIU RIU, 1983-1984: 145-181. BROIDA, 1983-1984: 199-239. LALIENA CORBERA, 2010: 507-518. VILLANUEVA MORTE, 14 (Alicante, 2003-2006): 249-287. ORTEGA ORTEGA y GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 24-25 (Teruel, 2005-2006): 397-421.

comunes, dado que se incluyen incluso cuando figuran como muy utilizados, desgastados o rotos<sup>8</sup>.

Todo indica que, en principio, los inventarios son una fuente apropiada para estudiar la cerámica en su contexto cotidiano. Esto no ha pasado desapercibido ante los historiadores. Célebres estudiosos como Josep Gudiol o Marçal Olivar ya los exploraron a principios del siglo XX con este fin. Sin embargo, estos trabajos se centraban en la identificación de las piezas, su denominación medieval y la información sobre sus estilos y decoraciones. Esto llevaba a un cierto descriptivismo y a una falta de ambición cuantitativa que sólo fue superada por los trabajos de Pedro López Elum en los años 1990<sup>9</sup>. Siguiendo sus esfuerzos, para este trabajo se han explorado la totalidad de los protocolos notariales del ARV y del APPC hasta 1348. Esto amplía la muestra del profesor López Elum, pues se incluye el reciente fondo de protocolos extraído de las llamadas «manos sueltas» del *justícia civil*. También se han explorado los protocolos del AMV hasta 1348-9, lo que comportó revisar y corregir parte de los inventarios transcritos por Marçal Olivar.

Se han podido extraer 232 inventarios de entre 1283 y 1349, que incluyen de manera proporcionada los principales grupos sociales de la sociedad medieval valenciana. La muestra abarca además las posesiones de individuos de un área geográfica variada, que incluye desde la ciudad de Valencia a una villa mediana como Morvedre, pasando por una constelación de pequeñas poblaciones de huerta y de otras áreas más alejadas<sup>10</sup>. Tal cantidad de infor-

<sup>8</sup> Sobre los inventarios *post mortem* valencianos, su contexto normativo y sus limitaciones véase ALMENAR FERNÁNDEZ, 2017: 533-566. Sobre las omisiones de la cerámica en estos documentos véase PIPONNIER, 1987: 235-244, donde se problematiza sobre esta cuestión para el caso francés.

<sup>9</sup> GUDIOL I CUNILL, 1914, vol. 2: 744-750. OLIVAR DAYDÍ, 1950. LOPEZ ELUM, 51-52 (Valencia, 2001-2002): 105-112.

<sup>10</sup> Los protocolos notariales en los que se hallan los inventarios son: AMV, Apèndix de notals, z-2; AMV, Apèndix de notals, z-3; AMV, Domingo Joan, I-1; APPV, Arcís Collet, 4; ARV, Aparisi Lapart, 10.408; ARV, Aparisi Lapart, 2.627; ARV, Aparisi Lapart, 2.758; ARV, Aparisi Lapart, 2.855; ARV, Arnau de Casesvelles, 2.775; ARV, Bernat Albarelles, 2.935; ARV, Bernat Costa, 2.801; ARV, Bernat Costa, 2.876; ARV, Desconocido, 11.179; ARV, Desconocido, 16.930; ARV, Desconocido, 16.937; ARV, Domènec Meià, 2.654; ARV, Domènec Molner, 2.777; ARV, Domènec Molner, 2.879; ARV, Domènec Molner, 2.923; ARV, Francesc Castelló, 2.799; ARV, Guillem Guasch, 2.364; ARV, Guillem Guasch, 2.776; ARV, Guillem Guasch, 2.912; ARV, Guillem Vilardell, 11.183; ARV, Guillem Vilardell, 14.210; ARV, Guillem Vilardell, 16.931; ARV, Guillem Vilardell, 16.933; ARV, Guillem Vilardell, 2.356; ARV, Guillem Vilardell, 2.361; ARV, Guillem Vilardell, 2.836; ARV, Guillem Vilardell, 2.872; ARV, Guillem Vilardell, 2.878; ARV, Jaume Martí, 16.932; ARV, Jaume Martí, 2.631; ARV, Jaume Martí, 2.811; ARV, Jaume Martí, 2.812; ARV, Jaume Martí, 2.871; ARV, Jaume Riquer, 16.926; ARV, Notal de desconocido, 16.919; ARV, Pasqual Vallebrera, 2.833; ARV, Pasqual Vallebrera, 2.875; ARV, Pedro Mayor, 2.930; ARV, Pere de Pauls, 2.499; y ARV, Salvador Vich, 2.837.

mación puede procesarse de manera cuantitativa y seriada a través de bases de datos. A partir de ahí se siguen métodos de análisis habituales entre los historiadores del consumo, como el estudio de la media de piezas por casa, el porcentaje de individuos que posee un bien determinado o la distribución de los diferentes bienes por grupos sociales concretos<sup>11</sup>. La información arqueológica proporcionada por las propias piezas cerámicas, publicada en diferentes catálogos, ha aportado un contraste necesario al llegar a detalles a los que habitualmente no llegan los inventarios, como las decoraciones, colores o tamaños específicos. Almonedas, registros judiciales, estimaciones e inventarios de épocas posteriores complementan el escenario final, desvelando los precios de las piezas y las prácticas domésticas en las que se insertaban.

## LA CERÁMICA EN LA ALIMENTACIÓN MEDIEVAL

Los objetos de consumo, señalan los antropólogos, se agrupan y distinguen los unos de los otros por cumplir una necesidad particular. Esto es lo que hace que de manera inconsciente veamos que la vajilla de mesa, los utensilios de cocina y los contenedores de almacenamiento tienen algo en común: todos formaban parte de una misma red de significado, del «mundo de los bienes» que rodeaba el acto de la alimentación medieval<sup>12</sup>. La comida se almacenaba, procesaba y servía. En ese proceso, la cerámica era únicamente un material entre los muchos otros de los cuales se podían fabricar esos objetos. De hecho, los estudiosos de la cerámica valenciana que utilizaron inventarios de esta época ya se percataron de ello, y fueron un paso más allá. A la hora de comer, la vajilla cerámica habría tenido en origen un papel muy inferior, bien frente a las vajillas de metales preciosos de las clases altas, bien frente a las vajillas de madera de las clases bajas<sup>13</sup>.

### La importancia de la *obra aspra*

Ahora bien, ésta es la impresión que uno adquiere si la cerámica explorada es la destinada al servicio de mesa. Si la concebimos dentro del universo de bienes de la alimentación, la imagen se vuelve muy diferente. En realidad, ya desde finales del siglo XIII se consumía mucha cerámica en Valencia. Y es

---

<sup>11</sup> Estos métodos los desarrollaron SHAMMAS, 1990 y WEATHERILL, 1996 y, en la historiografía hispánica, RAMOS PALENCIA, 1999: 107-132 y MORENO CLAVERÍAS, 1999: 71-88.

<sup>12</sup> DOUGLAS e ISHERWOOD, 1996. McCracken, 1988.

<sup>13</sup> COLL CONESA, 2012: 687-716.

normal, porque también se producía muchísima. Parece que tras la conquista cristiana la red de talleres andalusíes se desmanteló, para ser rápidamente sustituida por una nueva. Durante el siglo XIV existía ya una tupida red de centros de producción por todo el reino que cubría el norte (Morella, Traiguera, Xivert, Castelló, El Boixar), el sur (Xàtiva, Bocairent, Càrcer) y también las zonas interiores (Navajas, Altura, Almedíxer, Sogorb). Y a estos hay que añadir los de la huerta inmediata a la capital del reino, como Manises y Paterna, y otros menos conocidos como Foios<sup>14</sup>. La gran capacidad productiva de estos talleres queda reflejada no sólo en las dimensiones de algunos hornos, que llegaban a los 16 metros de largo y 7 de ancho, sino en las ingentes cantidades de piezas que los alfareros podían fabricar con rapidez<sup>15</sup>.

Todos estos centros, con cronologías diferentes que cubren finales del siglo XIII y todo el XIV, producían en esencia el mismo tipo de cerámica: la *obra aspra*. Se trata de un término de la época que englobaba a los recipientes cuya superficie era «áspera», o sea que carecía de vidriados o esmaltes<sup>16</sup>. Y esto refería sobre todo a los utensilios de almacenamiento, que eran los cántaros (*cànters*) y, especialmente, las tinajas. Estas últimas, descomunales contenedores de cientos y cientos de litros de capacidad, recibían a veces denominaciones inspiradas en la lengua de la sociedad conquistada (*alfàbies*, *alcolles*) o en la de la conquistadora (*gerres*). Y estas tinajas, que se fabricaban en abundancia, también se compraban en grandes cantidades. Tanto es así que esta cerámica de almacenamiento es capaz de distorsionar por completo la imagen global del impacto de la cerámica en la alimentación medieval valenciana. De los 11.000 objetos relacionados con la alimentación extraídos de estos inventarios, un 40% eran de cerámica, pero porque casi todos correspondían a estos utensilios de almacenamiento. Si los apartamos de la muestra, la cerámica de mesa no llegaba ni siquiera al 6%, y la de cocina apenas al 4%.

Evidentemente no sólo hay que valorar esta vajilla cerámica frente al resto de productos cerámicos, sino frente a la vajilla de otros materiales. En este caso los inventarios confirman la idea clásica de la cerámica como un material subalterno a la madera. Pedro López Elum estimaba que entre mediados del siglo XIII y mediados del XIV un 64% de los platos recogidos en los inventarios (*escudelles* y *talladors*) eran de madera, y un 23% de cerámica<sup>17</sup>. La

<sup>14</sup> COLL CONESA, 2009: 55-56.

<sup>15</sup> Sobre los hornos y sus dimensiones COLL CONESA, 2009: 61. Durante el primer tercio del siglo XV algunos alfareros se veían capaces de producir hasta 300 tinajas en sólo 15 días (citado en LLIBRER ESCRIG, 2014: 214).

<sup>16</sup> Aunque a veces se refiere a estos productos como «barnices», los ceramistas insisten en no confundir el barniz, cuya producción está basada en materiales orgánicos, con el vidriado, cuyos componentes son minerales. Estos últimos son, precisamente, los utilizados en época medieval. COLL CONESA, 2013: 213, nota 2.

<sup>17</sup> LOPEZ ELUM, 2006: 44.

nueva muestra empleada plantea que aún se pueden refinar más esos datos en contra de la cerámica, haciendo que ésta represente un 19% de estos platos, frente a un 70% que serían de madera (tabla 1).

TABLA 1. Cantidad de piezas de la vajilla de mesa anterior a la Peste Negra según sus materiales

	<i>Escudella</i>	<i>Tallador</i>	<i>Escudelles y talladors</i>	<b>Total</b>	<b>Total (%)</b>
Madera	1.190	677	12	1.879	70,2
Cerámica	296	63	157	516	19,3
Vidrio	2	0	0	2	0,07
Plata	3	0	0	3	0,1
Hierro	0	1	0	1	0,03
Indet.	139	133	0	272	10,1
<b>Total</b>	<b>1.630</b>	<b>874</b>	<b>169</b>	<b>2.673</b>	<b>100</b>

Notas: La columna «*escudelles y talladors*» resulta del hecho de que algunos inventarios proporcionaban un número global de ambos objetos, no distinguiendo la cantidad de cada uno.

Fuente: nota 10.

Existía, por tanto, un consumo muy significativo de cerámica ya en las generaciones inmediatas a la conquista cristiana. Eso sí, era una demanda orientada a objetos para almacenar alimentos, y no para servirlos. Y seguramente se debía a que estas tinajas no se destinaban únicamente a la conservación para el consumo doméstico. Prácticamente todos estos difuntos tenían al menos una tinaja, y de media, acumulaban cerca de 13 ejemplares por casa, siendo el fin principal la conservación del vino y del aceite. Dadas las gigantescas dimensiones de estos contenedores es difícil imaginar que todo lo almacenado tuviera por fin los estómagos de los miembros del núcleo familiar. Estas tinajas, con toda seguridad, se adquirían también para guardar productos que podrían venderse más tarde. No debe ser una coincidencia que los grandes compradores de tinajas conocidos fueran mercaderes, que encargaban decenas de tinajas para ser transportadas a lomos de mulas hasta el Grau de la ciudad, donde se guardaban en *botigues*, y desde donde se llenarían con los productos con que comerciaban por el Mediterráneo<sup>18</sup>.

La demanda de estas piezas no debe menospreciarse. No hay que olvidar que la infraestructura productiva de esta *obra aspra* sería aquella sobre la cual

<sup>18</sup> Así lo muestran los contratos de compra-venta con los alfareros. LÓPEZ ELUM, 1985. OSMA, 1923.

se desarrollaría la producción de vajilla de mesa cerámica<sup>19</sup>. Posiblemente la propia industria cerámica valenciana despegara con fines únicamente utilitarios, para producir recipientes donde guardar, vender o consumir productos agrícolas. Su relación con los productos alimenticios hay que situarla en esa vaporosa frontera, entre el autoconsumo y el mercado. Ahora bien, si nos centramos en la vajilla de mesa, la cerámica cuyo único fin era servir alimentos, puede decirse que su consumo era escaso, pero existía. Hay que saber qué objetos componían esta vajilla y quiénes los tenían.

### La primera vajilla cerámica

Los utensilios que componen el servicio de mesa, hoy y en el pasado, tienen por función facilitar el acto de la alimentación. Decir esto es una obviedad. Asumirlo sin más puede ser peligroso: la manera en la que la sociedad medieval comía y bebía era muy diferente a la actual, y conocer esas prácticas es un requisito que no responde a una mera curiosidad etnográfica, sino que explica en buena medida sus pautas de consumo. En la actualidad, cuando nos sentamos a comer, estamos acostumbrados a que cada comensal disponga de una gama de utensilios individuales (plato llano, un plato hondo, vaso, juego de cubiertos). Las piezas de uso colectivo (bandejas, cuencos, fuentes, jarras) ocupan un lugar secundario y, a menudo, prescindible. En la Edad Media no sólo existía una gama mucho menor de estos objetos, sino que, al menos en los siglos XIII y XIV, sólo había uno de uso individual, que era el plato hondo o escudilla. La *escudella*, como la llamaban los valencianos en la Edad Media, puede considerarse de hecho como el objeto estrella de la alimentación medieval. A nuestros ojos, las escudillas medievales se asemejarían más a cuencos que a platos hondos, pues no tenían un ala del que agarrarlas, y su tamaño era similar al que forman dos manos al juntarse en forma cóncava. Esto no debe ser una casualidad, porque parece que de las escudillas se bebía directamente, sujetándolas entre las manos<sup>20</sup>.

Los otros objetos de la primera vajilla cerámica eran ya de uso colectivo, y el más popular sin duda era el *tallador*. Se trata de una denominación que designaba a los platos llanos pues, al menos sobre sus versiones en madera, se solía cortar los alimentos (*tallar*) a modo de las tablas de madera actuales. Los libros de recetas medievales especifican la práctica de servir los alimentos de consistencia no líquida en el *tallador*, mientras que las miniaturas de la época lo muestran como un instrumento compartido, del que los comensales

<sup>19</sup> COLL CONESA, 2009: 57.

<sup>20</sup> Así puede verse en miniaturas como BIRLOUEZ, 2009: 16.

cogían los alimentos con las manos<sup>21</sup>. Pero además, existía una versión más pequeña de escudilla, el *greal*, un nombre que recuerda a una copa litúrgica pero que en realidad era un cuenco más pequeño, donde quizá introducir pequeños acompañamientos al plato principal<sup>22</sup>.

Dejando a un lado estos objetos, sobre los que se come, destaca la marginalidad de aquellos de los que se sirve la bebida. Los inventarios muestran un único objeto con este fin, el *terraç o terraça*, que seguramente es lo que arqueológicamente se suele denominar *picher*, a pesar de que esta palabra no aparece relacionada con objetos cerámicos en los inventarios hasta una época muy posterior<sup>23</sup>. Se trata de jarros de cuerpo globular, con el cuello cilíndrico y un asa vertical a un lado, normalmente recubiertos de un color verde oscuro por el exterior de la pieza, y claro por dentro de ella. Los ceramistas opinan que es una forma que imita los jarros metálicos que se asocian al consumo de vino, y que seguramente se fabricarían en Paterna ya desde finales del siglo XIII<sup>24</sup>. La presencia en estas piezas de picos vertedores hace evidente que de estas piezas se sirve, y no se bebe, y vuelve significativa la ausencia de vasos o tazas de las que beber. ¿Dónde se vertía el contenido de estas jarras? ¿De dónde se bebía en esta época? Es muy posible que esta función fuera a cargo de las propias escudillas. Una multiplicidad de escenas cotidianas revelan personajes depositando el agua, e incluso el vino, directamente en estos objetos, de los que se bebía directamente<sup>25</sup>.

Todo esto explica que las jarras y jarros fueran marginales en las casas de la Valencia anterior a la Peste Negra. Aún no había tenido lugar el nacimiento de la *drinking culture* que los historiadores británicos identifican después de 1348 con la difusión de nuevas modas de consumo, como la práctica cotidiana de beber cerveza. En el caso valenciano, como en otros lugares del Mediterráneo, esta moda llevaría a un aumento del consumo del vino, evidente en la difusión de la viña en el medio rural y, a nivel material, el aumento significa-

<sup>21</sup> SOBERANAS y SANTANACH, 2009: 128, 144 y 146 (entre otros ejemplos). BIRLOUEZ, 2009: 17.

<sup>22</sup> COLL CONESA, 2009: 66. También lo sugieren los contextos de uso reflejados en las cuentas del duque de Gandía (GARCÍA MARSILLA, 2010: 213). Su nombre debe venir del griego *kratos*, que literalmente significa «plato», pues ha derivado en otras palabras como *gadal* en inventarios medievales aragoneses (NAVARRO ESPINACH y VILLANUEVA MORTE, 2014: 71, 73 y 75-76).

<sup>23</sup> De una base de datos de varios cientos de inventarios que trabajamos en la actualidad, y que cubre desde finales del siglo XIII a mediados del XV, la palabra *picher* aparece únicamente referida a objetos de vidrio o estaño, pero nunca a cerámica, hasta la segunda mitad del siglo XV.

<sup>24</sup> COLL CONESA, 2009: 68-69.

<sup>25</sup> BIRLOUEZ, 2009: 11 y 66.

tivo de estas jarras en yacimientos arqueológicos y en los propios inventarios en épocas posteriores<sup>26</sup>.

Estas prácticas de uso comportaban que algunos de estos objetos se adquirieran más que otros. Debido a su multifuncionalidad y a su centralidad en la alimentación, la cantidad de escudillas en estos inventarios es 4 veces mayor que la cantidad de *talladors* (296 piezas frente a 63), y 8 veces mayor que los ejemplares de *greal*s y *terraces* (de los que sólo hay 20 y 35 respectivamente). Y no sólo se consumían más ciertas piezas, sino que algunas debían de verse como prescindibles, lo que hacía que su expansión social también fuera muy desigual. El número de individuos que tenía al menos una escudilla cerámica era el doble que aquellos que tenían al menos un *tallador* (41 difuntos frente a 24), y el cuádruple que los que tenían al menos un *greal* o una *terraça* (que respectivamente alcanzaban apenas una docena de casas).

Hablar de la vajilla cerámica valenciana —la que poseían y adquirirían los valencianos— antes de la Peste Negra es, en definitiva, hablar de platos, y más concretamente, de platos hondos. En cualquier caso, hay que insistir en lo escasamente difundida que estaba esta primera vajilla cerámica en términos globales. La *escudella*, el objeto que se ha mostrado más consumido y difundido, aparece en apenas un 17% de los inventarios estudiados. Esto significa que, si se toma esta muestra como representativa, ninguno de los ítems más característicos de la vajilla cerámica habría llegado a estar presente en 1/5 de la sociedad valenciana. Ése era el alcance social de la primera vajilla cerámica. Los inventarios revelan así algo que ya habían sospechado los arqueólogos: la idea de que las primeras vajillas cerámicas no eran en origen productos de un consumo difundido, una situación que los inventarios revelan hasta por lo menos mediados del siglo XIV<sup>27</sup>.

La cerámica, como material, era un objeto de consumo y difusión masiva, pero su demanda era muy selectiva, y se centraba en esos grandes contenedores cerámicos que tenía prácticamente todo el mundo. Las primeras vajillas cerámicas valencianas eran, por el contrario, una pequeña gama de tipologías de consumo muy restringido. La clave para entender el despegue de la vajilla cerámica valenciana está en esclarecer quiénes fueron sus primeros compradores.

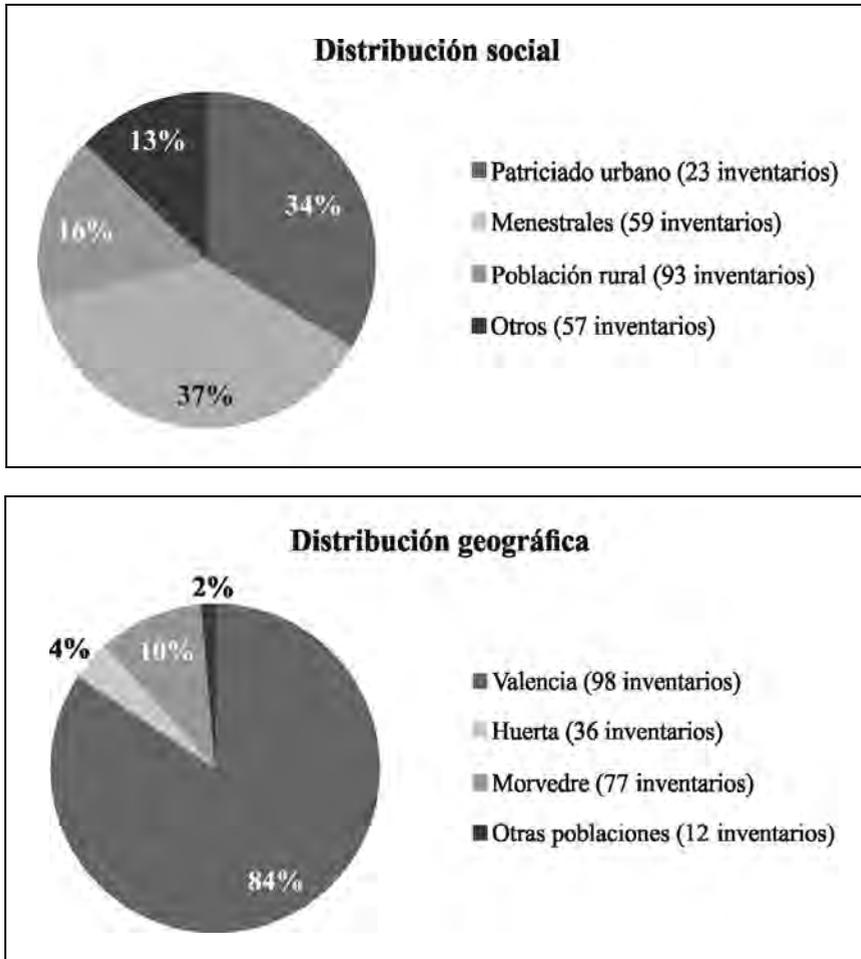
## UN CONSUMO SOCIALMENTE DESIGUAL

No todos los miembros de la sociedad valenciana comían con los mismos objetos. Lo que para algunos era un utensilio cotidiano, para otros podía ser un producto extravagante. Y esto se aprecia desde múltiples aspectos. De to-

<sup>26</sup> APARISI ROMERO, 2013: 161-168. MENÉNDEZ FUEYO, 2014: 37-61.

<sup>27</sup> COLL CONESA, 2009: 67.

FIGURA 1. Cantidad de piezas de vajilla cerámica por sector social y geografía



Notas: 100% = 691 piezas. En la distribución social, el grupo «patriciado urbano» corresponde a *ciudadans* y *mercaders*, «menestrales» a artesanos y *vehins* con residencia en Valencia, «población rural» a *llauradors* y *habitants* o *vehins* de poblaciones eminentemente agrícolas, y «otros» a nobles, eclesiásticos, oficiales y aquellos individuos cuya extracción social no se ha podido determinar. En la distribución geográfica, la categoría «huerta» corresponde a viviendas en el hinterland de Valencia, con poblaciones rurales como Albal, Albalat, Alcúdia, Alfafar, Alfara, Benicalaf, Benifaraig, Carpesa, Carraxet, Foios, Maçarós, Massarajos, Meliana, Montcada, Rafelbunyol, y Soternes, así como las alquerías de Benibahari y Sant Jordi, el arrabal de Russafa, el Grau de Valencia y el monasterio de la Saldia. La categoría «otras poblaciones» corresponde a Almadà, Borriana, Canet, Set Aigües y la Pobla de Vallbona. Nótese que en el caso de la distribución geográfica la suma de los inventarios no es 232, sino 223, pues 9 inventarios eran parciales, estaban dañados o no ha podido estarse seguro de la localización de la vivienda.

Fuente: nota 10.

das las piezas de esta primera vajilla cerámica, cerca de 1/3 la poseían los menestrales, 1/3 el patriciado urbano y, del tercio restante, la mitad los campesinos y la otra mitad el resto de grupos sociales. No obstante, la vajilla cerámica se concentraba en un grupo particular de los ya mencionados, más restringido del que parece a simple vista. En esto es clave tener en cuenta la cantidad de inventarios de cada uno de esos grupos sociales: 23 correspondían al patriciado, 59 a menestrales, 93 a población rural y 57 a otros individuos. Esto significa que en los inventarios de las élites urbanas, siendo menos de la mitad que los de los artesanos, aparece prácticamente la misma cantidad de piezas. Y lo que es más, que en los inventarios de este patriciado urbano, 4 veces menos abundantes que los del campesinado, aparece 3 veces más vajilla cerámica (figura 1).

Las élites urbanas eran las principales consumidoras de la primera vajilla cerámica valenciana. De hecho, lo eran unas élites muy particulares, las de la propia capital del reino. De toda esta vajilla cerámica, un 84% provenía de la ciudad de Valencia, mientras que sólo un 10% de la segunda población urbana demográficamente más importante, Morvedre, a pesar de que la cantidad de inventarios de ambos lugares no sea extremadamente distinta. El resto de piezas provenían del hinterland inmediato de la ciudad (c. 4%) y de otras poblaciones menores (c. 2%) (figura 1). Fuera de la ciudad de Valencia, las pautas de consumo de cerámica eran muy similares entre sí y, a su vez, diferentes con las de la capital. Los inventarios de Morvedre, la huerta valenciana y las otras poblaciones menores muestran cómo, proporcional y respectivamente,

TABLA 2. Consumo de utensilios de cerámica por lugar de residencia (número de piezas y proporción sobre el total)

	Alm. (nº)	Alm. (%)	Serv. (nº)	Serv. (%)	Coc. (nº)	Coc. (%)	Otros (nº)	Otros (%)	Total (nº)
Valencia (98 inv.)	1.620	64,3	583	23,1	297	11,7	21	0,8	2.519
Huerta (36 inv.)	497	93,4	27	5	7	1,3	1	0,1	532
Morvedre (78 inv.)	1.133	92,7	71	5,8	16	1,3	1	0,08	1.221
Otras po- blaciones (12 inv.)	95	89,6	10	9,4	1	0,9	0	0	106
<b>Total</b>	<b>3.345</b>	<b>76,3</b>	<b>691</b>	<b>15,7</b>	<b>321</b>	<b>7,3</b>	<b>23</b>	<b>0,5</b>	<b>4.380</b>

Notas: inv. = inventarios; Alm. = Almacenamiento; Serv. = Servicio de mesa; Coc.= Utensilios de cocina. Los ítems que incluye cada categoría son los que siguen: Almacenamiento: *alfàbia, alcolla, gerra, cànter, cobertora de gerra*; Servicio de mesa: *escudella, tallador, greal, terraç*; Utensilios de cocina: *caçola, olla, llibrell, morter*; Otros: *refredador, tabayra, ferrada*.

Fuente: nota 10.

cerca de un 90% de la cerámica consumida era la de almacenamiento, mientras que la de servicio de mesa se hallaba entre un 5-9%. Mientras, en los inventarios de la capital, el 23% de la cerámica poseída era la dedicada precisamente al servicio de mesa. Esto quiere decir que en la capital se consumía, por lo menos, 3 veces más vajilla cerámica que en esas otras poblaciones, incluso que en la propia villa de Morvedre (tabla 2).

La demanda de estas primeras vajillas era, pues, una demanda esencialmente burguesa y capitalina. Eran los miembros del patriciado urbano los que más cerámica consumían, desde luego a nivel global, pero también al nivel de tipologías particulares. Por ejemplo, la media de *escudelles*, *talladors*, *terraçes* y *greal*s siempre es mayor en las casas de los ciudadanos que en las de cualquier otro grupo social, y lo mismo ocurre en el contraste entre la capital y el resto de poblaciones. El objeto más representativo, la escudilla cerámica, era poseído 3 veces más por ciudadanos que por menestrales y campesinos, y también aparece 3 veces más en las casas de la capital que en las del resto del reino (tabla 3). Y no sólo la burguesía la poseía en mayores cantidades, sino que también era el grupo en el que estaba más difundida. La escudilla, siguiendo con el ejemplo, podía encontrarse en casa del 42% de estos ciudadanos, lo que proporcionalmente es 2 veces más que entre los menestrales (22%), y 6 más que entre la población rural (7,6%). Y a nivel geográfico, era casi 3 veces más común en Valencia (28,5%) que en el resto de las poblaciones estudiadas (c.10%) (tabla 4).

TABLA 3. Media de ejemplares de vajilla cerámica por sector social y localización geográfica

	<i>Escudella</i>	<i>Tallador</i>	<i>Terraç</i>	<i>Greal</i>	<b>Total</b>
Ciudadanos (19 inv.)	18,8	6,6	4	?	>29,4
Oficios (50 inv.)	5,6	5,6	2,8	2	16
Labradores (78 inv.)	4,5	0	1	3,5	9
Valencia (98 inv.)	13,9	8,1	4,1	?	>26,1
Morvedre (78 inv.)	4	3	2,3	3,8	13,1
Campo (48 inv.)	5,2	0	1	1	7,2

Notas: inv. = inventarios. Las interrogantes en la columna *greal* se deben al mismo inventario, en el que no se especificaba el número de ejemplares, de ahí que en el total se añada el símbolo «>». La denominación «campo» corresponde a todos los núcleos de poblamiento que no son ni Valencia ni Morvedre.

Fuente: nota 10.

TABLA 4. Extensión social de la vajilla cerámica (número de inventarios en los que aparece al menos un ejemplar y porcentaje sobre el total de inventarios)

	<i>Escudella</i>	%	<i>Tallador</i>	%	<i>Terraç</i>	%	<i>Greal</i>	%
Ciudadanos (19 inv.)	8	42,1	5	26,3	2	10,5	1	5,2
Oficios (50 inv.)	11	22	6	12	3	6	3	6
Labradores (78 inv.)	6	7,6	0	0	5	6,4	5	6,4
Valencia (98 inv.)	28	28,5	22	22,4	6	6,1	2	2
Morvedre (78 inv.)	8	10,2	2	2,5	4	5,1	8	10,2
Campo (48 inv.)	5	10,4	0	0	2	4,1	1	2
<b>Total (224 inv.)</b>	<b>41</b>	<b>18,3</b>	<b>24</b>	<b>10,7</b>	<b>12</b>	<b>5,3</b>	<b>11</b>	<b>4,9</b>

Notas: inv. = inventarios. La denominación «campo» corresponde a todos los núcleos de poblamiento que no son ni Valencia ni Morvedre.

Fuente: nota 10.

Podría plantearse si esta impresión no es más que una ilusión estadística provocada por los inventarios que se conservan, pero hay muchos indicios de que esto no es así. En el caso de la cerámica de almacenamiento, cuyo consumo sí que era masivo y se extendía entre todos los sectores sociales, los inventarios muestran una distribución muy equilibrada con respecto a la propia importancia demográfica de cada grupo social. De toda la cerámica de almacenamiento, cerca de 1/3 la poseía población rural, y cerca de otro tercio personas relacionadas con actividades artesanales. Del tercio restante, algo más de la mitad corresponde al patriciado urbano, y el resto a nobles, eclesiásticos y altos oficiales urbanos. Y si nos centramos en la cerámica dedicada a la cocina, sorprende ver cómo el sector social que más la consumía eran los menestrales, hasta 4 veces más que los ciudadanos y 18 veces más que los campesinos (tabla 5). El hecho de que aparezca más cerámica de cocina entre los artesanos que entre las élites urbanas, con la misma muestra, hace difícil que la alta posesión de vajilla cerámica por parte de las élites capitalinas sea un efecto estadístico.

El consumo de cerámica presentaba enormes desigualdades en el seno de la sociedad valenciana, y dependía profundamente de la finalidad de las piezas —si servían para almacenar, cocinar o servir los alimentos—. Si, centrándonos en la vajilla de mesa, era la burguesía de la capital la base de la demanda, hay que preguntarse por qué el resto de sectores sociales no la adquiría en los mismos términos y, aún más, qué buscaba este patriciado adquiriendo estas piezas. Tratar de indagar en esto no es más que la expresión de un problema mucho más grande, que es explicar por qué las pautas de consumo son las que son, o en otras palabras, por qué la gente compra lo que compra.

TABLA 5. Consumo de utensilios de cerámica por sector social (número de piezas y proporción sobre el total)

	Alm. (n°)	Alm. (%)	Serv. (n°)	Serv. (%)	Coc. (n°)	Coc. (%)	Otros (n°)	Otros (%)	Total (n°)	Total (%)
Labradores (78 inv.)	1.314	91,2	106	7,3	18	1,2	2	0,1	1.440	32,8
Oficios (50 inv.)	846	68,7	143	11,6	222	18	20	1,6	1.231	28,1
Ciudadanos (19 inv.)	394	63,1	197	31,5	32	5,1	1	0,1	624	14,2
Eclesiásticos (5 inv.)	10	47,6	10	47,6	1	4,7	0	0	21	0,4
Mercaderes (4 inv.)	173	74,5	36	15,5	23	9,9	0	0	232	5,2
Nobles (2 inv.)	70	100	0	0	0	0	0	0	70	1,5
Oficiales (2 inv.)	1	4,3	22	95,6	0	0	0	0	23	0,5
<i>Vehins</i> (Valencia) (9 inv.)	109	48,01	114	50,2	4	1,7	0	0	227	5,1
<i>Vehins</i> (otros) (6 inv.)	66	100	0	0	0	0	0	0	66	1,5
<i>Habitants</i> (9 inv.)	82	92,1	4	4,4	3	3,3	0	0	89	2,03
Indet. (48 inv.)	280	78,8	59	16,6	18	5	0	0	355	8,1
<b>Total (232 inv.)</b>	<b>3.345</b>	<b>76,3</b>	<b>691</b>	<b>15,7</b>	<b>321</b>	<b>7,3</b>	<b>23</b>	<b>0,5</b>	<b>4.380</b>	<b>100</b>

Notas: inv. = inventario; Alm. = Almacenamiento; Serv. = Servicio de mesa; Coc.= Utensilios de cocina. Los ítems que incluye cada categoría son los que siguen. Almacenamiento: *alfàbia, alcolla, gerra, cànter, cobertora de gerra*; Servicio de mesa: *escudella, tallador, greal, terraç*; Utensilios de cocina: *çaçola, olla, llibrell, morter*; Otros: *refredador, tabayra, ferrada*.

Fuente: nota 10.

## Asequible para todos, atractivo para pocos

Una primera explicación podría ser que estas vajillas tuvieran un precio prohibitivo para amplios sectores de la sociedad. Las explicaciones tradicionales sobre los cambios en las pautas de consumo, de hecho, destacan la importancia de las alteraciones en los precios de los bienes y en los ingresos de las personas<sup>28</sup>. Pero, ¿el coste de estos objetos podía representar realmente un obstáculo para su adquisición? ¿Cuánto podía costar una vajilla en esta época? Sus precios pueden conocerse a través de diferentes vías. Una de ellas son las subastas públicas (*almonedes* o *encants*) de la ciudad de Valencia, cuyos

<sup>28</sup> DEATON, 1992: 1-4. KOWALESKI, 2006: 238-259. DYER, 2005: 126-172.

bienes provenían de albaceas que pretendían costear los gastos del funeral y las demandas pías de un difunto<sup>29</sup>. El problema es que subastas motivadas por esta causa no han dejado rastro documental hasta 1360-70. Para conocer el mercado de segunda mano con anterioridad es necesario recurrir a los libros del *justícia civil*, ante el cual se declaraban bienes empeñados (*en penyora*). Cuando vencía el plazo para reclamarlos se vendían en pública subasta. Sin embargo, los objetos de cerámica no solían ser los que se empeñaban, sino aquellos que tenían mucho valor intrínseco, como las joyas y los metales, especialmente la plata y el cobre<sup>30</sup>.

Aunque no podamos saber con exactitud cuánto podían costar estas piezas antes de 1348, muchos indicios llevan a pensar que la cerámica era un producto muy barato. Así lo muestran las subastas públicas más cercanas cronológicamente a la muestra estudiada, en las que raramente una puja por un lote de cerámica llegaba a un sueldo. En 1375, por ejemplo, se vendían *tres grealets de terra de Màlequa e dos scudelles* por 5 dineros, y un año después, un número indeterminado de *greales* y *escudelles* por 9 dineros<sup>31</sup>. Nada induce a pensar que la situación fuera diferente antes de 1348. Antes y después de ese año existía una práctica habitual en estas subastas, que era la venta de lotes de productos de valor bajo en cestas de caña, a modo de verdaderos «packs» de ocasión. Y lo más habitual es que en estos lotes se incluyera todo un cosmos de pequeños enseres domésticos, que la documentación acostumbra a llamar *frasques*, y que podemos traducir significativamente como «baratijas». Así ocurría, por ejemplo, en la subasta de los bienes de mosén Joan Mateu, en la que se vendió una cesta con dos abanicos, un mortero con su mazo y una paleta de hierro<sup>32</sup>. Pero los materiales más comunes incluidos en estas cestas con baratijas eran, precisamente, la madera, el mimbre y cerámica. Y la idea de la cerámica como una «baratija» sí que aparece en algunos de los propios inventarios estudiados, como en el de una viuda de Valencia, que recoge *frascha de talladors, escudelles e terraços de terra*<sup>33</sup>, o el del *peller* (vendedor de ropa usada) Guillem Viner, que incluye *escudelles de terra, olles, cànters e altres frasques*<sup>34</sup>.

<sup>29</sup> Sobre el mercado de segunda mano en la Corona de Aragón véanse GARCÍA MARSILLA, NAVARRO ESPINACH y VELA AULESA, 2015: 295-317. GARCÍA MARSILLA, en prensa.

<sup>30</sup> GARCÍA MARSILLA, 2012: 133-168.

<sup>31</sup> Para el primer caso *Almoneda de Jaume Esteve*, ARV, Protocolos, Blai Roures 2.354, 28 de agosto de 1375. Para el segundo *Almoneda de Antoni Jordà*, AMV, Protocolos, Lluís Llopis 26.318, 28 de julio de 1376.

<sup>32</sup> «Un cabaç ab dos ventalets de palma, un morter de terra, un tornell, un boix e altres frasques», *Almoneda de Joan Mateu*, APPV, Protocolos, Domènec Barreda 6.419, 13 de octubre de 1416.

<sup>33</sup> *Inventario de Dolça*, ARV, Protocolos, Aparisi Lapart 10.408, 14 de noviembre de 1326.

<sup>34</sup> *Inventario de Guillem Viner*, ARV, Protocolos, Domènec Molner 2.879, 8 de julio de 1344.

Estos eran los valores que tenía la cerámica en el mercado de segunda mano, cuando en muchos casos los objetos estaban viejos y muy usados, y por tanto no podían valer igual que cuando se acababan de comprar. Además, las almonedas no suelen permitir ver diferencias en los precios por la decoración de las piezas o por su tamaño. Para este tipo de análisis se puede recurrir a los contratos entre mercaderes y alfareros, aunque son de nuevo de una época posterior. Según Pedro López Elum, durante el primer tercio del siglo XV en Manises, las vajillas con las decoraciones más baratas costaban de 8 a 11 sueldos la *grossa* (144 piezas), lo que significa entre aproximadamente medio y un dinero por pieza. La cerámica de lujo valía entre 24 y 38 sueldos la *grossa*, o sea, entre exactamente 2 y 3 dineros la pieza<sup>35</sup>. Tomando este valor, que es el más alto, si alguien hubiera querido comprar una docena de piezas hubiera tenido que pagar 3 sueldos, aproximadamente el salario de un día de un artesano, y algo menos de la centésima parte del valor de la cosecha de un campesino<sup>36</sup>. Si tomamos el caso más barato, el coste de una docena de piezas hubiera tenido un impacto tres veces menor en los ingresos de los mismos sectores sociales. Es difícil, pues, plantear que el precio fuera lo que apartara la atención del consumidor no burgués. Hay que recordar la enorme expansión social que tenían las tinajas, que sí eran objetos caros, pues el tamaño de la pieza influía de lleno en su valor. En 1283 una *alcolla* se vendía por 4 sueldos, y en el mismo año, *unes pochés d'alcolles* por 5 dineros<sup>37</sup>. De una época más tardía, una estimación de Morvedre de 1349 especifica el precio de una tinaja de 20 *cànters* en 5 sueldos, el de una de 12 *cànters* en 1 sueldo, y el de una de 4 *cànters* en medio sueldo<sup>38</sup>.

Aunque todos estos precios provengan de fuentes y cronologías dispares, seguramente no comparables, la impresión siempre es la misma y no la contraria: la vajilla cerámica como una gama de productos asequibles para toda la sociedad medieval. Y esto debía ser el resultado de esa red de talleres altamente productivos que existía por todo el reino y, seguramente, por toda la propia Corona de Aragón. Una multitud de ejemplos confirman la idea del bajo precio de la cerámica, como muestran los trabajos del equipo Broida y Jordi Bolós en Cataluña o los de Germán Navarro y Concepción Villanueva

---

<sup>35</sup> Cálculos propios a partir de LÓPEZ ELUM, 2006: 17. Las decoraciones más baratas corresponden a la cerámica en verde-manganeso y a la azul, y las caras a la dorada.

<sup>36</sup> Entre finales del siglo XIV y mediados del XV el sueldo de un asalariado oscilaba en Valencia entre 25 y 35 dineros al día (de 2 a 3 sueldos) (HAMILTON, 1936: 273-280). El valor de la cosecha del labrador más común en el reino en el siglo XV, aquel con explotaciones de 5 ha, se ha estimado en unos 330 sueldos (VICIANO NAVARRO, 2012: 211-212).

<sup>37</sup> GREGORI ROIG, GARCÍA MARSILLA y PUJADES I BATALLER, 2008, vol. 2: 525.

<sup>38</sup> *Acuerdo de germania entre Joan Aragónés y Antonia*, AMV, Protocolos, Apèndix de notals z-3, 22 de agosto de 1349.

para Aragón<sup>39</sup>. En cronologías que abarcan finales del siglo XIV y todo el siglo XV, la cerámica aparece siempre entre los bienes más baratos, junto a otros como los hechos de madera o de fibras vegetales.

Desde luego, tanto la calidad de la pieza como su tamaño condicionaban su valor, pero ni uno ni otro podían desalentar al consumidor. Con las fuentes en la mano, sólo puede argumentarse que, si la vajilla cerámica era asequible para todos, sólo resultaba atractiva para unos pocos. Y si el precio era el mismo para todos, hay que ir más allá del coste para explicar por qué el gusto por estos objetos se concentraba en un sector social particular.

### Moda y distinción burguesa

Fuera cual fuera el precio de la vajilla cerámica, sus compradores debían de ver en ella dos cosas que han destacado multitud de historiadores: que se pinta y que se rompe. Aunque a simple vista no lo parezca, la combinación de ambas cualidades representa un enorme atractivo para el consumidor. La fragilidad, asequibilidad y posibilidades estéticas de la cerámica permitía renovarla constantemente y adaptarla a eso que en la actualidad llamamos «moda»<sup>40</sup>. Precisamente, muchos historiadores, sociólogos y antropólogos han pensado en los siglos XIII y XIV como los orígenes de este fenómeno, como parte de una sociedad europea más comercial, urbanizada y dinámica que en épocas inmediatamente anteriores. El lujo y la distinción debían estar presentes en una sociedad que ya debía haber alcanzado un claro sentido del refinamiento, como ha podido evidenciar Juan Vicente García Marsilla al estudiar el consumo de vestido<sup>41</sup>. En el caso de la cerámica, el impacto de la moda debía de ser mucho mayor al no tener un valor privativo, como sí podía ocurrir con el vestido. Además, las modas podían expresarse no sólo en los colores o las formas de las vajillas, sino también en una gama de motivos decorativos que podían ligarse entre sí en infinidad de combinaciones. No puede ser una coincidencia que en el siglo XIII tenga lugar un decisivo avance técnico en la producción cerámica a nivel europeo, que es la difusión de los vidriados basados en el estaño. Estos se habían compuesto esencialmente de plomo, lo que resultaba en un esmalte verdoso traslúcido. El esmalte estannífero cubría la

---

<sup>39</sup> Véanse las transcripciones de almonedas publicadas en NAVARRO ESPINACH y VILLANUEVA MORTE, 2014: 45-108. BOLÒS MASCLANS y SÀNCHEZ-BOIRA, 2014. BROIDA, 1983-1984: 218-21.

<sup>40</sup> Véanse las reflexiones en DE VRIES, 2008: 129-33.

<sup>41</sup> GARCÍA MARSILLA, 24/nº especial (Madrid, 2014): 227-244.

pieza cerámica de una superficie blanca absolutamente opaca, sobre la cual podían aplicarse todo tipo de colores que resaltaban sobre un fondo uniforme<sup>42</sup>.

¿Cuáles eran los colores y temas de moda entre estos primeros consumidores? Desafortunadamente los inventarios no son explícitos sobre la decoración de la cerámica. Las referencias a colores son algo absolutamente marginal, y aquellas a motivos decorativos prácticamente nulas. Pero existen, y esto debía ser porque algunos notarios intuían que ciertas piezas tenían un valor superior —o sencillamente fueron más descriptivos de lo normal—. Algunas de estas referencias, escasas, pero útiles, son bien conocidas, y han producido grandes dolores de cabeza a los estudiosos de la cerámica. Curiosamente las referencias a colores son únicamente al color blanco y al verde, y siempre en relación a pequeñas *gerres* —quizás en este caso jarritas y no tinajas—, y *terra-ces*. En otros casos, el genérico término *pintats* es todo.

Algo más comunes son las referencias a centros de fabricación. Aquí es donde se aprecia la existencia de un escenario, seguramente previo al despeje de la propia industria local, en el que el gusto por la cerámica se manifestaba en la existencia de piezas importadas de fuera del reino. Es posible que estas importaciones, que habían de circular sobre todo en grandes centros urbanos y de mercado, como Valencia, fueran la base del gusto por la cerámica y el modelo a imitar por los ceramistas locales. Las importaciones más abundantes seguramente fueran las de los centros de procedencia de los conquistadores, algo bien atestiguado en los yacimientos arqueológicos de finales del siglo XIII<sup>43</sup>. Muchas referencias ya fueron dadas a conocer por Marçal Olivari, como las *escudelles* y *talladors* de Teruel del inventario de un ciudadano de 1319, o las *olles* de Sent Cantí de Mediona, a lo que hay que añadir alguna que hemos encontrado nueva, como una escudilla de *terra albe Barchinone* en el inventario de un habitante de Ruzafa de 1298<sup>44</sup>. Pero, con toda seguridad también circulaban piezas traídas de Oriente Próximo y más allá, como revela el fragmento de celadón chino de la dinastía Yüan hallado en el registro del Vall Vell, o las dos *escudelles de Domàs* (Damasco) que tenía el patrón de barco Pere Duran en 1343<sup>45</sup>.

Se trata de, como mucho, media docena de piezas poseídas por muy pocas personas. Que los notarios determinaran la procedencia de estas piezas hubo de deberse a que percibían que su valor era superior a las demás. Y esto es fundamental, porque de no asumirlo podría pensarse que el resto de piezas, de

---

<sup>42</sup> LALIENA CORBERA, 2010: 508-509.

<sup>43</sup> COLL CONESA, 2009: 67-70.

<sup>44</sup> *Inventario de Jaume Rapaciús*, ARV, Desconocido 11.179, 22 de junio de 1298.

<sup>45</sup> Para el fragmento de celadón véase ROSELLÓ MESQUIDA y LERMA ALEGRÍA, 6 (Jaen, 1999): 306. Para la pieza de Damasco *Inventario de Pere Duran*, ARV, Protocolos, Guillem Guasch 2.776, 8 enero de 1343.

las que sólo se dice que eran *de terra*, no estaban decoradas. La evidencia arqueológica, por el contrario, es que aunque los notarios no fueran sistemáticos en describir colores, decoraciones o la procedencia de las piezas, prácticamente toda la cerámica de esta época estaba decorada. La cerámica extraída en los centros de producción permite conocer la gama de vajillas que se fabricaban, a través del estudio de los grandes testares donde se desechaban la piezas defectuosas. La cerámica hallada en algunos contextos cerrados de la ciudad de Valencia, como fosos o basureros, puede asociarse a las tipologías consumidas al nivel de la propia ciudad, que gracias a los inventarios podemos atribuir esencialmente al patriciado urbano. Y ambos aspectos, tanto el de la producción como el de consumo, revela la existencia de dos grandes series decorativas anteriores a la Peste Negra.

La vajilla más difundida era la denominada cerámica verde-manganeso. El óxido de manganeso producía colores morados intensos, a veces prácticamente negros, que se utilizaban para dibujar las figuras, mientras que el verde las rellenaba o resaltaba los trazos en morado. Estos eran los colores presentes en las vajillas de los propios musulmanes anteriores la conquista, y de hecho, hay indicios de que los conquistadores continuaron usándolas en las primeras décadas posteriores a su llegada<sup>46</sup>. Debió de ser entre finales del siglo XIII y principios del siglo XIV cuando los cristianos empezaron a fabricarla en centros como Paterna, y a consumirla en la propia capital. De hecho, ésta era la vajilla cerámica más difundida y popular en la ciudad de Valencia antes de la Peste Negra. En el registro del excepcional yacimiento del Vall Vell, un foso utilizado como basurero durante todo el período estudiado, el 85% de la cerámica recuperada era precisamente de este tipo<sup>47</sup>.

La capacidad de esta cerámica de atraer la demanda de la burguesía urbana debía de deberse, entre otras cosas, a las amplísimas combinaciones de motivos decorativos que aceptaban. Parece que los temas más de moda pudieron haber sido los naturalistas, sintiendo predilección por la representación de animales de todo tipo, como ciervos, conejos, perros, peces, caballos, leones y hasta dragones. No obstante, parece que el tema más popular eran las aves, que están presentes en la mayoría de las piezas de tema zoomorfo excavados en Paterna, y además son el único animal encontrado en el registro del Vall Vell<sup>48</sup>. Otros temas estaban en consonancia con los valores feudales y guerreros del momento, como las torres, que suelen aparecer rodeadas de piñas y otros adornos vegetales, o el interesante caso de los escudetes pseudoheráldicos. Se trata de un tema popular normalmente en los *talladors*, en los que en

<sup>46</sup> ROSELLÓ MESQUIDA y LERMA ALEGRÍA, 6 (Jaén, 1999): 305.

<sup>47</sup> ROSELLÓ MESQUIDA y LERMA ALEGRÍA, 6 (Jaén, 1999): 307.

<sup>48</sup> PASCUAL PACHECO y MARTÍ OLTRA, 1986: 122. ROSELLÓ MESQUIDA y LERMA ALEGRÍA, 6 (Jaén, 1999): 307.

el centro de la pieza aparece un triángulo invertido u ovoide a manera de blasón. En él se incluyen trazos que parecen imitar al escudo de la casa real de Aragón. Eso sí, las barras aceptaban las más diversas e imaginativas formas, hasta el punto de hacer este escudo absolutamente irreconocible (figura 2, láminas 1, 4-7).

Pero no todos los temas estaban inspirados por la tradición occidental. La sociedad medieval valenciana, a pesar de ser fundamentalmente cristiana y haberse construido sobre la destrucción de la sociedad andalusí, podía sentir un profundo respecto por las manifestaciones artísticas propias del islam. Es muy posible que la sociedad feudal admirara hasta cierto punto lo andalusí, como algo distinguido, exótico y oriental<sup>49</sup>. Es lo que explica la popularidad de otros temas tomados directamente de la cerámica islámica, como las estrellas de seis y ocho puntas, o las manos de Fátima, propias de las cerámicas norteafricanas del siglo XII; o el *hom* o árbol de la vida, un tema de origen persa que se hizo recurrente hacia mediados del siglo XIV (figura 2, láminas 2-3). Esto sin olvidar la existencia de las llamadas pseudoalafias, trazos que pretendían reproducir la caligrafía propia de las alafias islámicas —el lema «Alá es grande»—, o las decoraciones geométricas de clara inspiración almohade<sup>50</sup>.

Este gusto por lo andalusí es el que debe estar en la base del despegue, en los talleres de Manises, de otro estilo decorativo que llamó profundamente la atención a la sociedad del momento: la cerámica de reflejo metálico. Si a la cerámica estannífera se le añadía un esmalte adicional, compuesto de óxido de cobre y otros metales como el oro y la plata, su reducción a baja temperatura podía conseguir que la cerámica brillara como el propio oro. Esta técnica contaba con una larga tradición en el mundo islámico, incluyendo los talleres malagueños del reino nazarí de Granada, lo cual hizo que entre la sociedad valenciana esta cerámica se conociera como *obra de Màlica*. Los alfareros de la villa de Manises lograron dominar la técnica del dorado en la década de 1330, hasta el punto de que la *obra de Manises* se convirtió en sinónimo de calidad, y los artesanos locales se denominaban *mestres d'obra de Màlica*<sup>51</sup>.

El efecto producido por la técnica del reflejo metálico no podía sino atraer la atención del consumidor de vajillas cerámicas, que en origen era el consumidor burgués. Ahora éste podía aspirar a comprar un producto que imitaba las carísimas vajillas de oro y plata de la nobleza, o quizás, como ha recordado recientemente Jaume Coll, la propia cerámica islámica dorada que se utilizaba en las cortes andalusíes<sup>52</sup>. Además, estos productos admitían muchas más

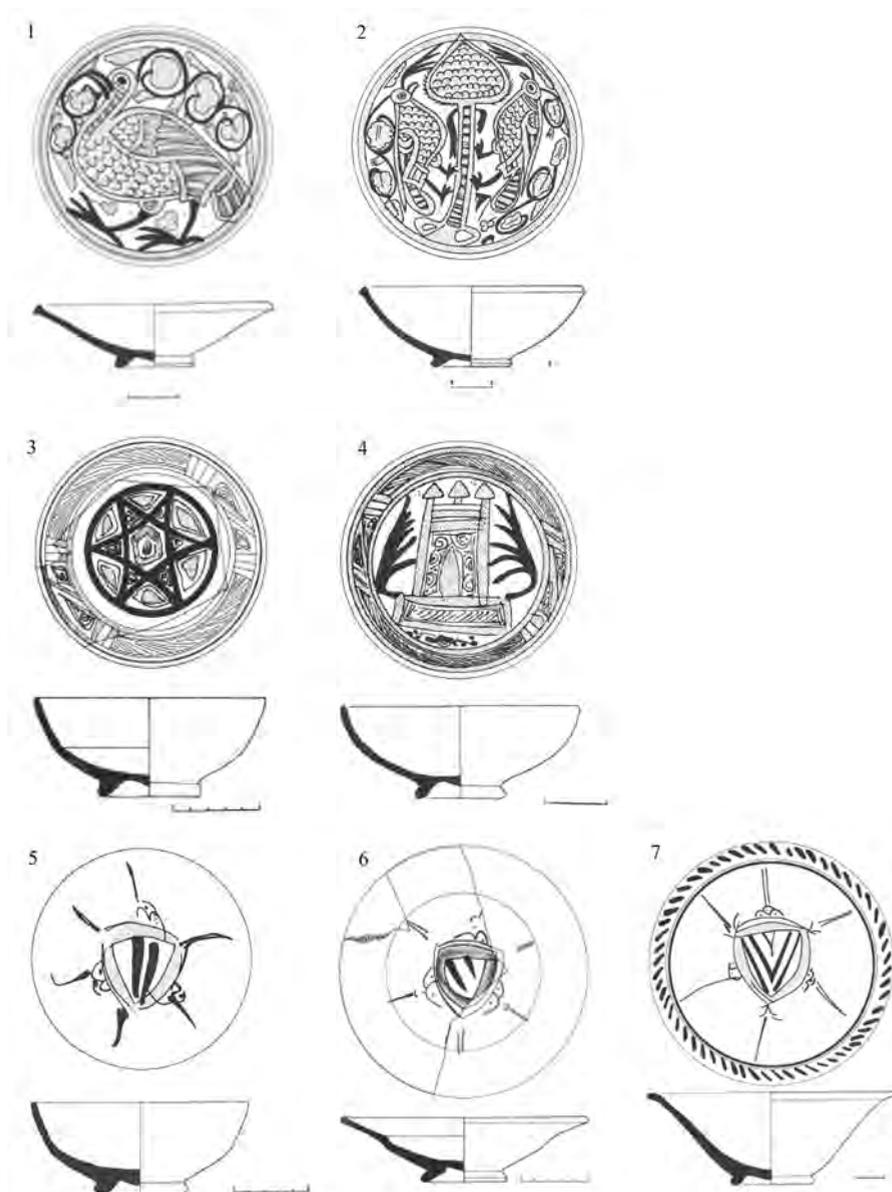
<sup>49</sup> MARTÍ OLTRA, 2015: 435-448. SERRA DESFILIS, 2013: 33-60.

<sup>50</sup> COLL CONESA, 2009: 71-72. PÉREZ GUILLEN, 2002: 92-105. LERMA ALEGRÍA *et al.*, 1992: 52-54.

<sup>51</sup> COLL CONESA, 2009: 56-57.

<sup>52</sup> COLL CONESA, 24 (Madrid, 2014): 96-97.

FIGURA 2. Selección de motivos decorativos populares en la ciudad de Valencia antes de la Peste Negra



Fuente: 1. PASCUAL PACHECO y MARTÍ OLTRA, 1986: 156. 2. PASCUAL PACHECO y MARTÍ OLTRA, 1986: 158. 3. LERMA ALEGRÍA *et al.*, 1992: 66. 4. PASCUAL PACHECO y MARTÍ OLTRA, 1986: 162. 5. PASCUAL PACHECO y MARTÍ OLTRA, 1986: 163. 6. LERMA ALEGRÍA *et al.*, 1992: 59. 7. PASCUAL PACHECO y MARTÍ OLTRA, 1986: 166.

posibilidades estéticas que las vajillas metálicas, y como eran más asequibles podían reemplazarse con mayor facilidad<sup>53</sup>. Era esa combinación de familiaridad y novedad lo que conllevaría su aceptación y éxito ya en el siglo XV cuando, como afirma Marta Ajmar, estas cerámicas conquistarán el extremo barato del mercado del lujo<sup>54</sup>. Pero antes de la Peste Negra, en la primera década larga de su existencia, la cerámica dorada estaba muy poco extendida. De manera significativa, los inventarios sí parecen ser sistemáticos identificando esta *obra de Màlica*. Sólo un 5% de los individuos estudiados tenían al menos una pieza de este estilo, y prácticamente todos ellos residían en la capital o en la villa de Morvedre. Ahora bien, los habitantes de la ciudad de Valencia poseían mucha más. Los 6 difuntos de la capital acumulaban 148 piezas, más del triple que la que poseían los 6 individuos de Morvedre.

Ahora bien, todas estas cualidades podían volver la cerámica atractiva para cualquier sector social, pero la evidencia de los inventarios es que sólo atraía al patriciado de la capital. La explicación no puede estar sólo en el objeto, sino en el consumidor, en el contexto en el que se utilizaba la cerámica y la función que podía cumplir para este sector social. Sara Pennell y Carole Shammas han defendido que, al hablar del consumo de cerámica, hay que pensar en cómo estos bienes podían ser incorporados a las prácticas domésticas cotidianas, es decir, sus ventajas y diferencias con los bienes existentes, cuestiones que con toda seguridad valoraron los consumidores de la época<sup>55</sup>. De hecho, algunos historiadores del consumo de la España moderna han podido demostrar que la situación socioprofesional y las formas de sociabilidad de los individuos podían ser los factores decisivos para explicar pautas de consumo particulares, más que el propio nivel de renta<sup>56</sup>. Si la vajilla cerámica era comprada por las élites urbanas de la capital del reino debía de ser porque se adecuaba a una función doméstica particular, a un estilo de vida diferenciado que los separaba del resto de la población. Y son las prácticas de uso las que son reveladoras en ese sentido.

Es más que probable que el concepto de «la vajilla buena», como diríamos en la actualidad, fuera un concepto que esta burguesía ciudadana practicó antes que otros grupos sociales, lo que explica que muchos de estos difuntos tuvieran tanto vajillas de madera como de cerámica. Esta última se guardaba en baúles, entre la ropa formal y los objetos de uso infrecuente, esperando a sacarla en las ocasiones especiales, como evidencia, por ejemplo, el caso de un varón difunto en 1339, cuyo inventario incluye *unum cofinum cum aliqui-*

---

<sup>53</sup> Parece además que los temas pictóricos de las primeras lozas doradas valencianas coincidían en buena medida con los de la verdinegra. COLL CONESA, 2009: 74.

<sup>54</sup> AJMAR, 2003: 56.

<sup>55</sup> PENNELL, 2010: 28-30.

<sup>56</sup> MORENO CLAVERÍAS: 2007, 42.

*bus scutellis terre*<sup>57</sup>. También existía la práctica de guardarla en cestas de mimbre o arquetas de madera, desde donde seguramente tendrían un acceso más recurrente. Así lo hacía Arnau Montsoriu, cuyos herederos encontraron dos escudillas de cerámica en una *caxeta*<sup>58</sup>, o la viuda de un zapatero de Valencia, que tenía una *cistella ab obra de terra de Màlecha*<sup>59</sup>. Pero además, la cerámica se reservaba en muebles desde los que se podía lucir hasta el momento de su uso. Éste es el caso de los *marfans*, una especie de armarios con estanterías en los que se exponían con mucha frecuencia botellas de vidrio, un producto aún infrecuente en esta época. En estos muebles había también vajillas, como en el caso del *saig* Jaume Gener, que al morir en 1336 tenía dos *marfans de tenir escudelles*<sup>60</sup>. Y desde luego también estaba la opción de dejar las vajillas directamente sobre baldas de madera o *posts*, que en ocasiones significativamente se llamaban *escudellers*, como en el caso del presbítero Bertomeu Alapont, que incluye una *post en que stan IIII greals e dues scudelles blanques grans e cinch miganceres e VI per a salsa*<sup>61</sup>.

No hay que subestimar, en cualquier caso, que el valor estético de las piezas podía convertirlas más en objetos para ser vistos que para ser utilizados. En épocas posteriores, cuando los notarios tienden a ser más descriptivos, hay muchas pruebas de que la cerámica, especialmente la dorada, se colgaba en las paredes de la *entrada* de las casas. En la mayoría de los hogares —los de campesinos y menestrales— debía ser esta sala donde se hacía la vida cotidiana y también donde se comía, pues en muchas ocasiones no había muchas más habitaciones. Es en este espacio central dentro de la vida doméstica y privada donde se exhibían los objetos suntuarios, y entre ellos estaba esta cerámica. El inventario de Domingo Pérez, un tabernero de la villa de Mislata, recoge en la entrada de su casa *xxxvi peces de terra entre greals e scudelles e terraces de Mèliqua, que staven penjades en la paret*. Algunos inventarios son tan explícitos que destacan que estas piezas no sólo estaban en la *entrada*, sino colgadas sobre el marco del acceso al dormitorio o *cambra*, como muestra el inventario de Vicent Leopart, un campesino de Ruzafa<sup>62</sup>. Aunque se

<sup>57</sup> *Inventario de Dolça*, ARV, Protocolos, Guillem Vilardell 14.210, 14 de junio de 1339.

<sup>58</sup> *Inventario de Arnau Montsoriu*, ARV, Protocolos, Pere de Pauls 2.499, 16 de mayo de 1329.

<sup>59</sup> *Inventario de Francesca*, ARV, Protocolos, Doménec Molner 2.759, 6 de febrero de 1371.

<sup>60</sup> *Inventario de Jaume Gener*, ARV, Protocolos, Guillem Guasch 2.912, 23 de septiembre de 1336.

<sup>61</sup> *Inventario de Bertomeu Alapont*, ARV, Protocolos, Macià Barberà 3.007, ff. 90-121, 1412.

<sup>62</sup> «En la entrada... Ítem, foren atrobats en la paret sobre lo portal de la cambra xiiii greals e tabachs de terra penjats», *Inventario de Vicent Leopart*, APPV, Jaume Vinader 9.529, 9 de septiembre de 1434.

trata de pistas aportadas por inventarios de una época posterior, y que por tanto incluyen otros grupos sociales, no hay por qué pensar que estas prácticas no existieran ya en la época estudiada entre la burguesía de la capital. Los sectores sociales más pudientes desarrollarían diversas salas especializadas, como el *menjador* o comedor, y la *sala* o salón, y es posible que en esta época esta cerámica ocupe un espacio doméstico similar.

Todo apunta a que la cerámica tiene un espacio muy concreto dentro de la casa, que es desde luego el lugar donde se come, pero no sólo eso, sino también donde se reúne la gente y se puede mostrar la riqueza familiar. En una época en la que los restaurantes y las grandes cenas de empresa no existían, las comidas representaban un momento rotundo de sociabilidad. Comer en la misma mesa era —y es— un símbolo cultural de confraternidad y amistad, y es muy posible que estos ciudadanos sintieran predilección por la cerámica como un objeto con el cual crear un ambiente de lujo y sorpresa hacia los invitados. El mundo de los negocios, el de acordar dotes y nupcias, el de los seguros marítimos y compañías mercantiles, el del crédito y la banca, seguramente se cosechaba como proyecto en las mesas de la vivienda de uno de los interesados. Y mientras, las vajillas cerámicas habrían sido testigos silenciosos de los grandes proyectos de este patriciado urbano, de mercaderes y ciudadanos, los que se relacionaban con la baja nobleza y con las altas esferas del poder municipal<sup>63</sup>. Esa cerámica, que aún no poseía nadie más en la sociedad medieval, aportaba el ambiente de distinción y sofisticación buscado para las reuniones y comidas con futuros clientes y amistades de importancia. Los invitados beberían de las escudillas y cogerían comida de los *talladors*, al tiempo que irían descubriendo las figuras de castillos, bestias o extraños símbolos y figuras similares a aquellos de oriente, y también el escudo de los monarcas del reino. Probablemente también comentarían lo curiosos que eran los dibujos de las escudillas expuestas en las paredes, y las que tenían reservadas en los *marfans* junto con el vidrio<sup>64</sup>.

El gusto por la cerámica podría haber empezado, en definitiva, como una moda burguesa, como una ostentación de refinamiento que tenía su espacio dentro del hogar, para aquellos que lo visitaran. Esto marca una diferencia fundamental con otros objetos, como por el ejemplo el vestido. Todo el mundo podía ver cómo se vestía uno, pero no todos podían acceder al hogar, un espacio privado reservado al mundo de los invitados. La vajilla cerámica representaba una forma de ostentación «hacia dentro», mientras que el vestido

<sup>63</sup> AURELL I CARDONA y PUIGARNAU I TORELLÓ, 1997: 110-145. Sobre las amistades y las estrategias de promoción social del caso de los mercaderes CRUSELLES GÓMEZ, 2001: 267-296.

<sup>64</sup> Aunque poco estudiado, hay indicios de que el vidrio constituía un producto de lujo en Valencia hasta el siglo XV, cuando empezó a difundirse. GARCIA MARSILLA, 2008: 26.

lo era «hacia fuera». Seguramente ésa es la razón por la que no se conservan leyes suntuarias que afecten a las vajillas cerámicas, sino a las metálicas, bienes verdaderamente caros que se exhibían en bodas y grandes banquetes comunes<sup>65</sup>. Además, su asequibilidad hace difícil que se pueda plantear que con la cerámica se estuviera ostentando riqueza. Quizás lo que se manifestara fuera un sentido superior de refinamiento y gusto, algo que, en cualquier caso, representaba una oportunidad propicia para entablar tema de conversación con los invitados al hogar.

Todo esto no quiere decir que en los hogares del resto de la sociedad no se desarrollaran relaciones de sociabilidad similares o que no existiera una voluntad de ostentar poder o distinción. Sencillamente, parece que la cerámica no cumplía todavía ese cometido para el grueso de la sociedad, para el que esa función la podían cumplir otros objetos, como muebles, cuadros o joyas. Aún así, el gusto por la cerámica pronto se empezaría a difundir más allá de la burguesía urbana. Tomando el caso de la loza dorada, hasta mediados de la década de 1330 todas las referencias nos llevan a Valencia, en un espectro que abarca fundamentalmente al patriciado urbano. Sólo hacia el final de la muestra, en los años 1348-9, la encontramos entre algunos artesanos y campesinos de Morvedre, sin aparecer en absolutamente ninguna de las casas de las pequeñas poblaciones rurales recogidas, ni de la huerta ni del resto del reino. La única excepción la constituye un artesano de Almadá, Vidal Montlleó, que tenía 8 platos hondos de este tipo, entre *greal*s y *escudelles*<sup>66</sup>. Es posible que la moda, expresada en el gusto por las vajillas cerámicas, se expandiera en un proceso radial, desde la capital del reino a otros núcleos urbanos medianos, y de ahí hacia el medio rural. Ahora bien, hasta este momento, su expansión social era muy limitada, como la de la propia cerámica en general. Será en una época posterior a la Peste Negra cuando la cerámica llegue de manera masiva a todos los sectores sociales. Y será ese proceso el que convierta las vajillas cerámicas en un objeto de consumo de masas<sup>67</sup>.

## CONCLUSIÓN

La primera vajilla cerámica valenciana, la anterior a la Peste Negra, constituía un conjunto reducido de objetos con una difusión muy limitada dentro de la sociedad medieval. La demanda de cerámica, del material, era desde luego

<sup>65</sup> GARCÍA MARSILLA, 2015: 590-591.

<sup>66</sup> *Inventario de Vidal Montlleó*, AMV, Protocolos, Domingo Joan I-1, 20 de agosto de 1348.

<sup>67</sup> Fue entre la década de 1350 y 1380 cuando esta expansión se manifestaría, por ejemplo, ya en el medio rural. ALMENAR FERNÁNDEZ, 2014: 72-74.

muy alta, al menos aquella en la forma de las grandes tinajas de almacenamiento que, éstas sí, gozaban de una amplia difusión. Pero la cerámica destinada al servicio de mesa debía competir con otros materiales, sobre todo con la madera, que aún hacia mediados del siglo XIV gozaba de una enorme popularidad. Hasta entonces, era la burguesía de la capital del reino su principal compradora, que seguramente utilizaba en el contexto de los ágapes privados con amistades y clientes de influencia a los que había que impresionar. Era entonces cuando se desplegaba el potencial estético y decorativo de las cerámicas verde-manganeso, y también de las doradas. Estas últimas, sin duda, debían de presentarse ante los comensales con la rotundidad de las grandes fuentes de oro y plata de la nobleza, grupo social al que el patriciado urbano no tendría reparo en aspirar a entrar. De hecho, quizás alguno de los invitados fueran precisamente miembros de este estamento.

Que la cerámica pudiera presentarse como una alternativa asequible y cotidiana resultaba, desde luego, de la existencia de unos talleres altamente organizados y especializados. Esa infraestructura existía en el reino de Valencia prácticamente desde el momento de su fundación, y era la base para que se pudieran producir grandes cantidades de cerámica para compradores de dentro y fuera del reino, con los estilos y decoraciones que dieron fama a estos productos. Tampoco puede obviarse la labor de los mercaderes, quienes conectaban la producción con los mercados urbanos. Pero los cambios en la oferta sólo cobran un sentido completo por la parte de la demanda: el desarrollo del gusto por las vajillas cerámicas entre las élites de la ciudad de Valencia podría haber sido el prerrequisito para el despegue de su producción. Quizás, esto fue lo que motivó que, en los talleres de Manises, Paterna y otros lugares, se pensara en fabricar no sólo tinajas, sino productos decorativos, no únicamente utilitarios, que atrajeran el interés de las élites del reino, que estaban en su capital.

Y si esto pudo ser el chispazo que arrancó el motor de la demanda de vajillas cerámicas en el reino, el combustible sería la voluntad del resto de grupos sociales de aspirar a tener objetos similares. La moda existía, y el gusto por reproducir colores, formas y decoraciones posiblemente comenzara a expandirse tan pronto como las élites urbanas de la capital comenzaran a adquirir estos objetos. De hecho, lo que de verdad convertiría la cerámica valenciana en un producto de difusión masiva sería el hecho de que, de manera desenfrenada, otros grupos sociales la incluyeran dentro del repertorio de sus bienes cotidianos; pero esto ya después de la Peste Negra.

## BIBLIOGRAFÍA

Ajmar, Marta, «Talking pots. Strategies for producing novelty and the consumption of painted pottery in Renaissance Italy», en Marcello Fantoni, Louisa C. Matthew

- y Sara F. Matthews-Grieco (eds.), *The art market in Italy, 15<sup>th</sup>-17<sup>th</sup> centuries*, Módena, F. C. Pannini, 2003: 55-64.
- Alexandre-Bidon, Danièle, *Une archéologie du goût. Céramique et consommation (Moyen Âge-temps modernes)*, París, Picard, 2005.
- Almenar Fernández, Luis, *Tableware in the late medieval Valencian rural world. A consumer revolution?*, trabajo de fin de máster inédito, University of Cambridge, 2014.
- Almenar Fernández, Luis, «Los inventarios post mortem de la Valencia medieval. Una fuente para el estudio del consumo doméstico y los niveles de vida», *Anuario de estudios medievales*, 47/2 (Barcelona, 2017): 533-566.
- Amigues, François y Mesquida García, Mercedes, *Un horno medieval de cerámica/Un four medieval de poitier: el Testar del Molí, Paterna (Valencia)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987.
- Aparisi Romero, Frederic, «La producción y el consumo de vino en el mundo rural valenciano durante la baja edad media», en Sebastián Celestino Pérez y Juan Blázquez Pérez (coords.), *Patrimonio cultural de la vid y el vino. Comunicaciones aceptadas*, vol.2, Madrid, UAM ediciones, 2013: 161-168.
- Aurell i Cardona, Jaume y Puigarnau i Torelló, Alfons, *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV*, Barcelona, Omega, 1997.
- Barceló Crespí, Maria y Rosselló Bordoy, Guillermo, *Terrissa. Dades documentals per a l'estudi de la ceràmica mallorquina del segle XV*, Barcelona, Canon, 1996.
- Birlouez, Eric, *À la table des seigneurs, des moines et des paysans du Moyen Âge*, Rennes, éditions Ouest-France, 2009.
- Blake, Hugo, «Technology, supply or demand?», *Medieval ceramics*, 4 (Sheffield, 1980): 3-12.
- Bolòs Masclans, Jordi y Sànchez-Boira, Inma, *Inventaris i encants conservats a l'Arxiu Capitular de Lleida: (segles XIV-XVI)*, 3 vols., Barcelona, Fundació Noguera, 2014.
- Broida, Equip, «Els atuells de terrissa a les llars barcelonines vers l'any 1400», en Manuel Riu Riu (coord.), *Ceràmica grisa i terrissa popular de la Catalunya medieval*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1983: 199-239.
- Coll Conesa, Jaume, «Ceràmica i canvi cultural a la València medieval. L'impacte de la conquesta», *Afers*, 4/7 (Valencia, 1988-1989): 125-167.
- Coll Conesa, Jaume, *La ceràmica valenciana. Apuntes para una síntesis*, Valencia, Asociación Valenciana de Cerámica, 2009.
- Coll Conesa, Jaume, «La taula i la cuina del rei: ceràmica i vaixel·la entre la tradició i el canvi al segle XIII», en Rafael Narbona Vizcaíno (ed.), *Jaume I i el seu temps 800 anys després*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2012: 687-716.
- Coll Conesa, Jaume, «La producción cerámica medieval. Un balance entre el mundo islámico y el feudal. El caso del área valenciana», en Alberto García Porras (ed.), *Arqueología de la producción en época medieval*, Granada, Kadmos, 2013: 211-257.

- Coll Conesa, Jaume, «Técnica, áulica y distinción social en la cerámica medieval», *Anales de historia del arte*, 24 (Madrid, 2014): 69-97.
- Cruselles Gómez, Enrique, *Los mercaderes de Valencia en la Edad Media (1380-1450)*, Lleida, Milenio, 2001.
- De Vries, Jan, *The industrious revolution. Consumer behaviour and the household economy, 1650 to the present*, Cambridge, Cambridge University press, 2008.
- Deaton, Angus, *Understanding consumption*, Oxford, Clarendon press, 1992.
- Douglas, Mary e Isherwood, Baron (eds.), *The world of goods: towards an anthropology of consumption*, London, Routledge, 1996.
- Dyer, Christopher, *An age of transition? Economy and society in England in the later middle ages*, Oxford, Clarendon press, 2005.
- Dyer, Christopher, «A Golden Age rediscovered: labourers' wages in the fifteenth century», en Martin Allen y D'Maris Coffman (eds.), *Money, prices, and wages: essays in honour of Professor Nicholas Mayhew*, New York, Palgrave, 2015: 180-195.
- Eiximenis, Francesc, *Regiment de la cosa pública* (ed. Daniel de Molins de Rei), Barcelona, Barcino, 1927.
- Gaimster, David, «Archaeology of an age of print? Everyday objects in an age of transition», en Tara Hamling y Catherine Richardson (eds.), *Everyday objects: medieval and early modern material culture and its meanings*, Farnham, Ashgate, 2010: 134-143.
- Gaimster, David y Nenck, Beberley, «English households in transition c. 1450-1550», en David Gaimster y Paul Stamper (eds.), *The age of transition: the archaeology of English culture, 1400-1600*, Oxford, Oxbow books, 1997: 173-179.
- García Marsilla, Juan Vicente, *La taula del senyor duc: alimentació, gastronomia i etiqueta a la cort dels ducs reials de Gandia*, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2010.
- García Marsilla, Juan Vicente, «Empeñando la vida. Los préstamos con prenda mueble en la Valencia Medieval», en Mauro Carboni y Maria Giuseppina Muzzarelli, *In pegno: oggetti in transito tra valore d'uso e valore di scambio: secoli XIII-XX*, Boloña, Il Mulino, 2012: 133-168.
- García Marsilla, Juan Vicente, «El lujo cambiante: el vestido y la difusión de las modas en la Corona de Aragón (siglos XIII - XV)», *Anales de historia del arte*, 24/número especial (Madrid, 2014): 227-244.
- García Marsilla, Juan Vicente, «Ordenando el lujo. Ideología y normativa suntuaria en las ciudades valencianas (siglos XIV y XV)», en Sophie Brouquet y Juan Vicente García Marsilla (eds.), *Mercados del lujo, mercados del arte. El gusto de las élites mediterráneas en los siglos XIV y XV*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2015: 561-591.
- García Marsilla, Juan Vicente, «La vida de las cosas: el mercado de objetos de segunda mano en la Valencia bajomedieval», en Antoni Furió i Diego y Ferrán García-Oliver García (eds.), *Pautes de consum i nivells de vida al món rural medieval*, en prensa, disponible en <http://www.uv.es/consum/marsilla.pdf> [consultado el 13/01/2016].
- García Marsilla, Juan Vicente, Navarro Espinach, Germán y Vela Aulesa, Carles, «Pledges and auctions: the second-hand market in the late medieval Crown of Ara-

- gon», en Giampiero Nigro, (ed.), *Il commercio al minuto. Domanda e offerta tra economia formale e informale. Secc. XIII-XVIII/Retail Trade: Supply and demand in the formal and informal economy from the 13th to the 18th century*, Florencia, Fondazione Istituto Internazionale di Storia Economica "F. Datini", 2015: 295-317.
- Goldthwaite, Richard, «The empire of things: consumer demand in Renaissance Italy», en Francis William Kent y Patricia Simons, *Patronage, art and society in Renaissance Italy*, Oxford, Clarendon, 1987: 153-175.
- Goldthwaite, Richard, «The economic and social world of Italian Renaissance maiolica», *Renaissance Quarterly*, 42 (Nueva York, 1989): 1-32.
- Gregori Roig, Rosa María, García Marsilla, Juan Vicente y Pujades i Bataller, Ramon (eds.), *Llibre de la cort del justícia de València (1283-1287)*, vol. 2, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.
- Gudiol i Cunill, Josep, «La vaxella de fusta en lo segle XII», *Congrés d'Historia de la Corona d'Aragó*, vol. 2, Barcelona, Altés, 1909-1913: 744-750.
- Hamilton, Earl, J., *Money, prices, and wages in Valencia, Aragon, and Navarre, 1351-1500*, Cambridge Mass., Harvard University press, 1936.
- Hatcher, John, «Unreal wages: long-run living standards and the 'Golden Age' of the fifteenth century», en Ben Dodds y Christian Liddy (eds.), *Commercial activity, markets and entrepreneurs in the Middle Ages: essays in honour of Richard Britnell*, Suffolk, Woodbridge, 2011: 1-24.
- Kowaleski, Maryanne, «A consumer economy», en Rosemary Horrox y Mark Ormrod (eds.), *A social history of England, 1200-1500*, Cambridge, Cambridge University press, 2006: 238-259.
- Laliena Corbera, Carlos, «Grano y cerámicas. La comercialización de algunos productos indispensables en la coyuntura de 1300 en Aragón y Valencia», en Didier Boisseuil et al. (eds.), *Écritures de l'espace social. Mélanges d'histoire médiévale offerts à Monique Bourin*, Paris, Publications de la Sorbone, 2010: 507-518.
- Lerma Alegría, Josep Vicent, «Tipología de la loza decorada de Paterna/Manises», *Archivo de prehistoria levantina*, 19 (Valencia, 1989): 411-427.
- Lerma Alegría, Josep Vicent, et al., *La loza gótico-mudéjar en la ciudad de Valencia*, Madrid/Valencia, Dirección General de Bellas Artes y Archivos/Museo Nacional de Cerámica y de las Artes Suntuarias González Martí, 1992.
- Llibrer Escrig, Antoni Josep, «Relaciones protoindustriales en la producción cerámica. Manises y Paterna en la segunda mitad del siglo XV», *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 24 (Madrid, 2014): 213-239.
- Llubià, Luis, *Cerámica medieval española*, Barcelona, Labor, 1967.
- López Elum, Pedro, *Los orígenes de la cerámica de Manises y Paterna (1285-1335)*, Manises, Ateneu cultural i recreatiu Cant i Fum, 1985.
- López Elum, Pedro, «Los utensilios de cocina y mesa en la Baja Edad Media (los materiales empleados en su fabricación)», *Saitabi*, 51-52 (Valencia, 2001-2002): 105-112.
- López Elum, Pedro, *La producción cerámica de lujo en la Baja Edad Media: Manises y Paterna. Los materiales de los recipientes para uso alimentario: su evolu-*

- ción y cambios según los inventarios notariales*, Valencia, Amigos del Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias González Martí, 2006.
- Martí Oltra, Javier, «El gusto por lo exótico. La percepción del lujo a través del registro arqueológico de la Valencia medieval», en Sophie Brouquet y Juan Vicente García Marsilla (eds.), *Mercados del lujo, mercados del arte. El gusto de las élites mediterráneas en los siglos XIV y XV*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2015: 435-448.
- McCracken, Grant, *Culture and consumption: new approaches to the symbolic character of consumer goods and activities*, Bloomington, Indiana University press, 1988.
- Menéndez Fueyo, José Luis, «In taberna quando sumus. Una lectura arqueológica del vino en el Reino de Valencia», en Emilio Soler Pascual y José Luis Menendez Fueyo (coords.), *El vino en Alicante*, Alicante, Museo Arqueológico Provincial, 2014: 37-61.
- Moreno Claverías, Belén, «La burguesía local de las letras y los negocios a través de los inventarios post-mortem. El Penedés del siglo XVIII», en Bartolomé Yun Casalilla y Jaume Torras (coords.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999: 71-88.
- Moreno Claverías, Belén, *Consum i condicions de vida a la Catalunya moderna: El Penedès, 1670-1790*, Vilafranca del Penedès, Edicions i propostes culturals Andana, 2007.
- Navarro Espinach, Germán y Villanueva Morte, Concepción, «Subastas y tasaciones de bienes en la Zaragoza del siglo XV», en José Ángel Sesma Muñoz y Carlos Laliena Corbera (coords.), *De la escritura a la historia (Aragón, siglos XIII-XV): estudios dedicados a la profesora Cristina Monterde Albiac*, Zaragoza, Grupo CEMA, 2014: 45-108.
- Olivar Daydí, Marçal, *La vajilla de madera y la cerámica de uso en Valencia y en Cataluña durante el siglo XIV (según los inventarios de la época)*, Valencia, Patronato José María Quadrado, 1950.
- Ortega Ortega, Julián y Gutiérrez González, Francisco Javier, «La cerámica medieval desde el lado de la demanda. Sobre el comercio y consumo cerámico en la Zaragoza bajomedieval. El ejemplo del teatro Fleta», *Kalathos: Revista del seminario de arqueología y etnología turolense*, 24-25 (Teruel, 2005-2006): 397-421.
- Osma, Guillermo J. de, *Los maestros alfareros de Manises, Paterna y Valencia: contratos y ordenanzas de los siglos XIV, XV y XVI*, Madrid, Editorial Reus, 1923.
- Pascual Pacheco, Josefa y Martí Oltra, Javier, *La cerámica verde-manganeso bajo-medieval valenciana*, Valencia, Ajuntament de València, 1986.
- Pennell, Sara, «‘For a crack or flaw despis’d’. Thinking about ceramic durability and the ‘everyday’ in late seventeenth- and early eighteenth-century England», en Tara Hamling y Catherine Richardson (eds.), *Everyday objects. Medieval and early modern material culture and its meanings*, Farnham, Ashgate, 2010: 27-40.
- Pérez Guillén, Inocencio, «El árbol de la vida: De sus orígenes órficos a la difusión desde Paterna al ámbito del Quattrocento italiano», en Mercedes Mesquida y

- François Amigues, *La cerámica de Paterna: reflejos del Mediterráneo*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002: 92-105.
- Piponnier, Françoise, «La céramique dans son contexte quotidien d'après les inventaires bourguignons (XIVe-XVe siècles)» en Jean Chapelot, Henri Galinié y Jacqueline Pilet-Lemière (eds.), *La céramique (Ve-XIXe s.). Fabrication, commercialisation, utilisation. Actes du premier congrès international d'archéologie médiévale*, Caen, Société d'archéologie médiévale, 1987: 235-244.
- Ramos Palencia, Fernando Carlos, «Una primera aproximación al consumo en el mundo rural castellano a través de los inventarios post-mortem», en Bartolomé Yun Casalilla y Jaume Torras (coords.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización: Cataluña, Castilla, siglos XVII-XIX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999: 107-132.
- Riu Riu, Miquel, «La cerámica popular barcelonina del segle XIV. Aportació a l'estudi de les seves formes i marques», en Manuel Riu Riu (coord.), *Ceràmica grisa i terrissa popular de la Catalunya medieval*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1983-1984: 145-181.
- Roselló Mesquida, Miquel y Lerma Alegría, Josep Vicent, «El Vall Vell de Valencia. Un registro cerámico excepcional de los siglos XII-XIV», *Arqueología y territorio medieval*, 6 (Jaen, 1999): 303-320.
- Serra Desfilis, Amadeu, «Convivencia, asimilación y rechazo. El arte islámico en el Reino de Valencia desde la conquista cristiana hasta las Germanías (circa 1230-circa 1520)», en Luis Arciniega García (coord.), *Memoria y significado: uso y recepción de los vestigios del pasado*, Valencia, Universitat de València, Departament d'història de l'art, 2013: 33-60.
- Shammas, Carole, *The pre-industrial consumer in England and America*, Oxford, Clarendon press, 1990.
- Soberanas, Amadeu y Santanach, Joan (eds.), *Llibre de Sent Soví. Llibre de totes maneres de potatges de menjar. Llibre de totes maneres de confits*, Barcelona, Barcino, 2009.
- Viciano Navarro, Pau, *Els peus que calciguen la terra. Els llauradors del País Valencià a la fi de l'edat mitjana*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2012.
- Villanueva Morte, Concepción, «Estudio de la producción y comercialización de la cerámica bajomedieval entre los reinos de Aragón y Valencia», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 14 (Alicante, 2003-2006): 249-287.
- Weatherill, Lorna, *Consumer behaviour and material culture in Britain, 1660-1760*, Londres, Routledge, 1996.
- Welch, Evelyn, *Shopping in the Renaissance: consumer cultures in Italy, 1400-1600*, New Haven/London, Yale University press, 2005.

Recibido: 07/04/2016

Aprobado: 01/02/2017